

EL SUEÑO PESADO

Crónica o disparate

Lino Monanegi

En medio del concierto el tenor llama desde el proscenio, vocativo y cómplice “O chitarra romana, accompagnami tu”, y al fondo suenan cascabeles. Y parvularios corren, alegorizando la huida del rey de Tula, Ce Ácatl Topiltzin, al sitio donde se oculta la serpiente, para inmolarse como un vikingo a bordo de una balsa de culebras sobre la que navega el caudal del río Guazacualco.

Al quimérico Alcofribas Nasier

Advertencia al lector

El 23 de noviembre de 2004, el tenor italiano Luciano Pavarotti inauguró el Teatro de la Ciudad de Coatzacoalcos. El principal medio de difusión de la Universidad Veracruzana, *Universo*, anunció a través de una nota del melómano Jorge Vázquez Pacheco el extraordinario suceso:

Una distinción más para la Orquesta Sinfónica de Xalapa se suma –este fin de semana, en Coatzacoalcos– a la serie

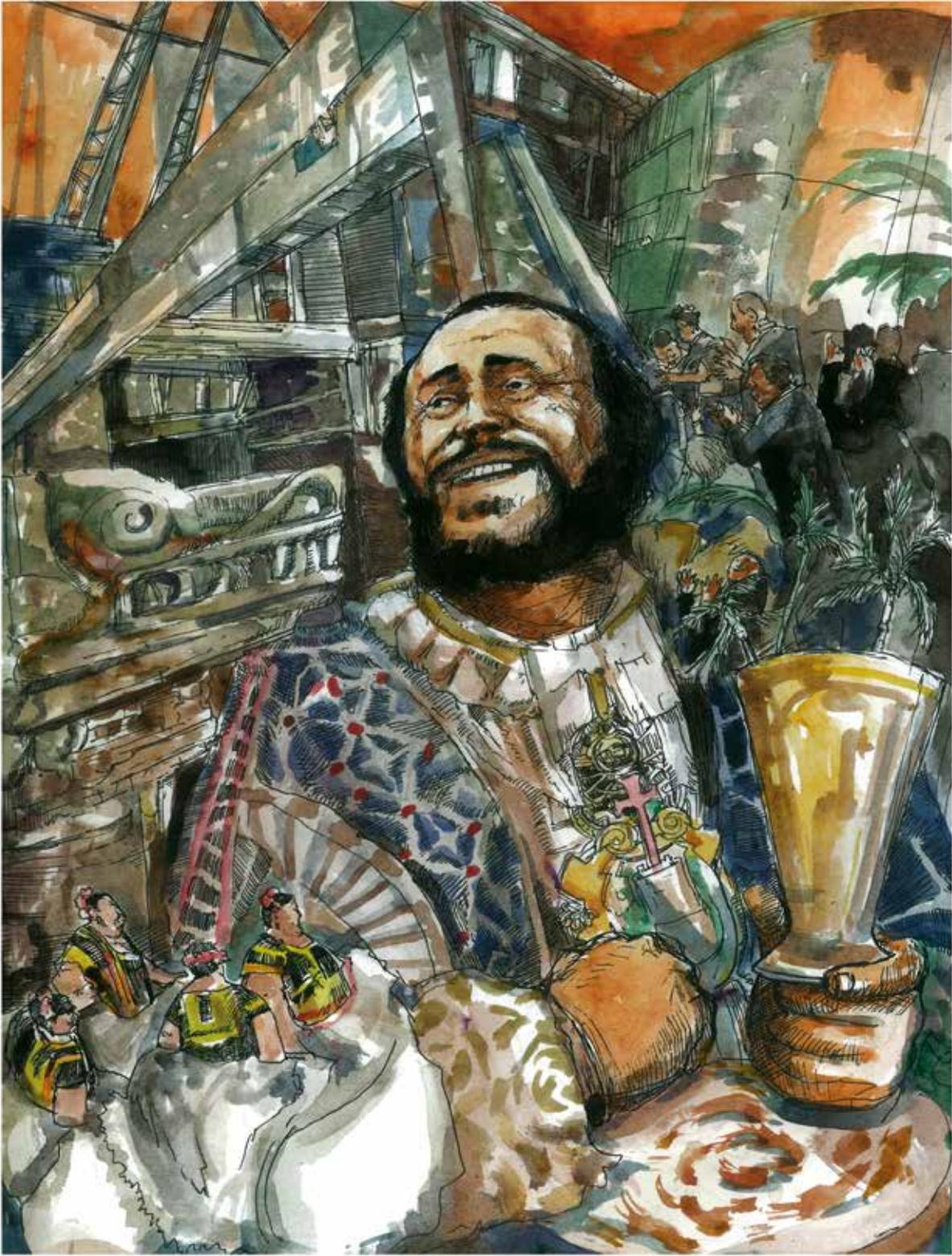
auditorio de Coatzacoalcos, este fin de semana. Con ello, el nombre de Pavarotti enriquece el listado de los grandes de la música que han actuado con nuestra Sinfónica de Xalapa.

A propósito de esta nota me tomé la libertad, sin que nadie me lo solicitara, de poner a disposición de los lectores una crónica posible del suceso. Aclaro que este escrito no tiene una intención documental sino estética; es un ejercicio libérrimo, ficticio y drolático. Escrito en un momento de éxtasis pues, como dijo Salvador Dalí: “El éxtasis es por excelencia el estado mental crítico que el inverosímil pensamiento [entonces] actual, histérico, moderno, surrealista y fenomenal [aspiraba] a volver ‘continuo’. –En busca de imágenes susceptibles de extasiarnos”.¹

*

(*In media res*): Bajo un manto, quizá no de estrellas, sino bajo el centelleo naranja de las pilas que quemán el néctar que brota de “los veneros del petróleo”,² Coatzacoalcos –*non più bella – mi apare*, al escuchar la *chitarra* que la llama a asomar su rostro de Malintzin, de Malinalli, de Marina, de Chingada, al *balcone lassu*. La ciudad entre sueños despierta a la bruma poluta. Y en las cuerdas que vibran se van derramando las palabras del embrujo de una voz que la encanta: es “La voz de Módena”, que la invoca con el ritmo agitado –un dos tres, un dos tres– de la melodía, a veces tango y otras romance que interpreta con virtuosismo la orquesta.

Los violines van maullando, bien sujetos entre la papada y la clavícula, huyendo como los gatos de las solteras mimosas, y los chelos se quejan cuando los arcos les dividen el cuerpo, serrándoles la música. En medio del concierto el tenor



Luciano Pavarotti, por Eme de Armario.

llama desde el proscenio, vocativo y cómplice “*O chitarra romana, accompagnami tu*”,³ y al fondo sueñan cascabeles. Y parvularios corren, alegorizando la huida del rey de Tula, Ce Ácatl Topiltzin, al sitio donde se oculta la serpiente, para inmolarse como un vikingo a bordo de una balsa de culebras sobre la que navega el caudal del río *Gua-zacualco*. Y en la barca funeraria la pira se enciende al retoñar el lucero vespertino en el firmamento, y trueña en el aire al instante el aplauso de la multitud, 1 800 personas; “mil 801 boquiabiertos al mismo tiempo; mil 800 en tono de asombro y uno cantando”;⁴ tutiplén de *claps claps claps* le llueven al gran Luciano Pavarotti puesto que la gente de aquel lejano puerto al oriente del país desconoce todos los protocolos de un concierto; no sabe reservar los aplausos para el final *finale* y se le escapan festivos tras el fin de cada pieza. No obstante, ocupan solemnes las butacas rojas de su gran teatro, inaugurado en ese momento por el tenor italiano que ha dispuesto, previo pago y patrocinios, incluir en la gira de despedida de su carrera como cantante al nuevo teatro y centro de convenciones de:

COATZACOALCOSVERACRUZ
DESALMAHAYEK
MÉXICO

(Antes Puerto México, otrora Villa del Espíritu Santo)

Ciudad y puerto de altura, cero veces heroica.

Asisten porque “lo importante es estar, no saber estar”, codearse con los melómanos y *socialités* que han viajado desde tierra adentro hasta esta recóndita ciudad solo para escuchar a Pavarotti... ¿A qué más?

Esta noche la ciudad presume su bonanza económica, su recién estrenado cosmopolitismo, inaugurando un recinto maravilloso que desde lo alto de una loma lo domina todo, la obra póstuma del

Esta noche la ciudad presume su bonanza económica, su recién estrenado cosmopolitismo, inaugurando un recinto maravilloso que desde lo alto de una loma lo domina todo, la obra póstuma del arquitecto Abraham Zabludovsky, que se hermana a los trabajos que realizó en sociedad con Teodoro González de León.

arquitecto Abraham Zabludovsky, que se hermana a los trabajos que realizó en sociedad con Teodoro González de León: las oficinas centrales del Infonavit, la Embajada de México en Brasilia, El Colegio de México y el Museo Rufino Tamayo, obras monumentales de muros cacarizos, labrados con martelina para descubrir dentro del concreto la pedacería de mármol.

De pronto las luces sobre el escenario se apagan y en la oscuridad, como un relámpago mudo, se alza la batuta del director de la orquesta; al instante en que baja suenan las flautas, trompetas y cornos franceses. El compás de la percusión que hace *pom pom pom*, mientras los violines enfáticos van rematando con armonía. Y de la negrura nace una luz que ilumina cenital, primero al director, luego a los violines, después a los metales de viento que van insuflando con estridencia al cortejo que sale a escena de detrás de los bastidores. Después se encien-

den las luces sobre todo el escenario. El cortejo desfila a paso lento, “para la derecha, y para la izquierda, meciéndose de un pie a otro, la enagua barriendo el compás”;⁵ se mueven con la cadencia de los manatíes del río cuando bailan el vals de las aguas verdes. Desfilan –paquidérmicas– una a una, señoras gordas, juchitecas (“mujeres grandotas, mujeres montaña [...] mujeres a las que no les duele nada, macizas, entronas [...] mujeres [que son] buenas porque son excesivas”),⁶ se mecen en una procesión de colores y destellos de oro.

Del foso asciende el tenor que tras el apagón había estado ausente en la escena: aparece como Doña Juana Catalina,⁷ vestido de tehuala; el huipil y la enagua de terciopelo negro con un jardín bordado de flores reventadas. El tocado y los lienzos de la enagua, blanquísimos; el tocado, imponente y ridículamente grande. Allí está él, Luciano Pavarotti, patrona barbuda de la mayordomía del concierto. Pronto y comedido, como un acólito, se dirige hasta él un asistente vestido con un frac perfectamente compuesto. Lleva sobre la palma de la mano izquierda, bien abierta, todo el cuerpo y peso de una antigua fuente inglesa con tapa campana, toda de plata ovalada, con adornos y florituras grabadas. Una vez junto al tenor, el hombre del frac levanta la campana y revela una masa de pelo negro hecha un ovillo sobre la charola. De inmediato, el cuerpo oscuro se despereza, extiende primero su cola y luego sus patas. En cosa de segundos, queda sentado un saraquato –*Alouatta palliata*–, sobre la fuente esterlina, viendo fijamente al público con los ojos redondos y negros que tiene clavados en el rostro como tachuelas. Serio, solemne, aguardado el pie para entrar, se queda allí, quietecito, como un tótem, y al instante Pavarotti canta los primeros versos de la siguiente canción del concierto; versos en español:

Antenoche fui a tu casa,
tres golpes le di al candado.
Tú no sirves para amores,
tienes el sueño pesado.

Y como conjuro, el último verso se derrama sobre el público, le moja la frente como un beso de anciana. Entonces el embrujo se renueva y los asistentes caen despiertos en un sueño pesado, con los ojos bien abiertos sin dejar de ser testigos de lo que va ocurriendo. El tenor se lamenta

¡Ay, Sandunga! Sandunga de amor yo muerooo...

y al instante las juchitecas lanzan jcaras coloridas de plástico que nacen del manantial de una palangana también de plástico. Del ciclorama salen reptando iguanas verdes y garrobos renegridos que las persiguen por todo el escenario. Entretanto la orquesta suena y suena. El teatro como un gran órgano estalla con la música sobre la ciudad y deja caer su delirio en la noche de ámbar.

La voz de Pavarotti se escucha de pronto en todos los rincones, llega a los esteros y pantanos, hasta la costa y su playa. También a las enramadas verdes donde los travestidos, como sirenas, cantan coquetos al unísono:

A orillas del Papaloapan
me estaba bañando ayer,
pasaste por las orillas
y no me quisiste ver.

En las calles los taxistas detienen su marcha y esnifan, al compás, la cocaína $-C_{17}H_{21}NO_4-$ que delicadamente se sirven con la uña del dedo meñique; esnifan una-vez-otra-vez, enloquecidos se acaban gramo tras gramo de la bolsita de plástico; quieren-más-necesitan-más, van en busca de más. Como autómatas, sostienen su marcha en las notas de un concierto que nace de lo profundo y que se mueve como la lava.

En el teatro los músicos de la orquesta lloran conmovidos, y el público de la sala gimotea, todos embriagados con la voz, la música, el espectáculo y los olores que empiezan a nacer de quién sabe dónde; el perfume pasmado de la flor crestada del xolotlsúchil, el olor del camarón seco, de la carne de chango y de su sucedáneo, la carne de Chinameca; también de longaniza, de queso crema de Chiapas y de ciruelas y nanches curtidos.

De las bocas negras del drenaje de la ciudad que se abren bulímicas frente al mar escapan ratas y cangrejos hacia la playa. Allí se precipitan idiotas hacia las olas que rompen sobre la arena. El agua devora los cuerpos revolcados de los roedores y crustáceos. El mar se alimenta sonoramente, aprovechando el embrujo. Y en las ciénagas, sordos, los cocodrilos sonríen entre las aguas y vibran con su cuerpo, su risa secreta de lagarto.

La voz del tenor no cesa, condiciona con sentimiento:

Sandunga si eres ingrata, Sandunga morir prefierooo...

En el teatro los músicos de la orquesta lloran conmovidos, y el público de la sala gimotea, todos embriagados con la voz, la música, el espectáculo y los olores que empiezan a nacer de quién sabe dónde; el perfume pasmado de la flor crestada del xolotlsúchil, el olor del camarón seco, de la carne de chango y de su sucedáneo, la carne de Chinameca; también de longaniza, de queso crema de Chiapas y de ciruelas y nanches curtidos. Huele a orín de borracho y a cerveza derramada en la arena del río y sobre todo huele a mar, huele al mar negro de la noche que no

es mar, es petróleo, petróleo que todo lo hiede a alquitrán.

Y el cantante va ganando cuerpo, se hincha con cada verso y la canción parece no tener fin. Las cuerdas revientan y las maderas crujen, los metales se doblan por el calor y el tenor crece y crece como un globo. Las dimensiones que va ganando primero rasgan sus vestidos y después amenazan con llenar toda la caja del escenario. Los ejecutantes, incapaces de librarse del raptó, tocan ya sin hacer sonar, solo producen chirridos y estruendos. Y Pavarotti ¿se inflama? ¿se insufla?, sí, se insufla y no deja de llenarse de aire.

Entonces, cuando su cuerpo desnudo y monumental amenaza con aplastar a los músicos, a las juchitecas, a las iguanas y al público; incapaz ya de controlar la presión de su aire corporal, Pavarotti deja escapar un sonoro pedo *-Ed elli aveva del cul fatto trombetta-*,⁸ vibrante y rotundo: rabelaisiano. Esa es la entrada del olvidado saraguato, que desde una esquina del desbordado escenario hace nacer su aullido.

-¡Qué potencia! -se escucha que dice uno.

-¡Qué color! -dice marisabidilla su acompañante.

Por allá otro, un *connaisseur*, cuestiona a sus colegas:

-¿Sfogato?

Y el otro pronto responde con reprimenda:

–¡No, contraltino!

–¡Pero qué tesitura! –dice una anciana en suspiro con marcadas notas de lubricidad.

La voz del saraguato, el pedo de Pavarotti, van sonando con armonía, amplificados por la bien cuidada acústica del recinto. El pedo suena largo, sin cortes, hasta su última nota. Y el canto del mono se apaga como la luz en los ojos en los umbrales de la muerte.

Al final, el público estalla en aplausos y vítores.

El telón baja, las luces de la nave principal se encienden, la voz de los asistentes se confunde y toda ella suena como un murmullo mientras van abandonando la sala por los pasillos laterales.

La gala ha terminado. **LPyH**

NOTAS

¹ Salvador Dalí, “El fenómeno del éxtasis”, *Mino-taure*, núms. 3-4: (933).

² Ramón López Velarde, segunda estrofa del primer acto de su *Suave patria*: “El Niño Dios te escrituró un establo / y los veneros del petróleo el diablo”.

³ *Chitarra romana* es una canción popular italiana compuesta en 1934 por Bruno Cherubini y Eldo di Lazzaro, e inicialmente interpretada por Carlo Buti. “*Chitarra romana* es un clásico de la canción italiana: su melodía se presta a arreglos que van desde el tango hasta el romance (no es casualidad que Luciano Pavarotti lo haya convertido en un caballo de batalla en sus actuaciones)”.

⁴ Guadalupe Loeza escribió para el periódico *Reforma* la crónica del concierto: “Nunca había advertido tanto silencio en medio de mil 800 personas con actitud de respeto y admiración ante un solo hombre. Y nunca había coincidido con tantos fans respecto a la calidad y talento de un artista cuya fama mundial más que estimularme, me rebelaba frente a la apabullante publicidad de la que siempre ha sido objeto desde hace más de 40 años que

Y el cantante va ganando cuerpo, se hincha con cada verso y la canción parece no tener fin. Las cuerdas revientan y las maderas crujen, los metales se doblan por el calor y el tenor crece y crece como un globo. Las dimensiones que va ganando primero rasgan sus vestidos y después amenazan con llenar toda la caja del escenario.

ha durado su carrera artística. Yo era una de esas centenas de personas que no dejaba de aplaudirle a Luciano Pavarotti. Me conquistó. Me emocionó. Incluso, podría asegurar, que me enamoró. A partir de ahora, cuando me refiera a él, lo haré de pie y con una enorme sonrisa en la mirada. Con esta misma actitud de reverencia me mantuve varios minutos, en tanto aplaudía, al terminar de cantar *Chitarra romana*. No obstante, en el número 45, correspondiente a noviembre de 2007, de la *Revista de la Universidad de México*, Loeza recupera su crónica dentro su artículo “Granada” y allí comenta que el arrobo que le produjo el tenor italiano la mantuvo en “actitud de reverencia” cuando Pavarotti terminó de cantar *Granada*, ya no *Chitarra romana*. Nos queda claro que Luciano Pavarotti pudo interpretar cualquier canción durante el concierto.

⁵ Elena Poniatowska, “Juchitán de las mujeres”. En *Luz y luna, las lunitas* (México: Era, 1994), 78.

⁶ *Ibid.*, 77-78

⁷ Juana Catalina Romero, “Juana Cata”, “Doña Cata”, empresaria, política, diplomáti-

ca –Malinche, Cleopatra– fue propietaria de la empresa azucarera JCR, compañía de gran prestigio y alcance a inicios del siglo xx, reconocida internacionalmente con galardones por la calidad de su azúcar. Durante la intervención francesa prestó apoyo económico al general Porfirio Díaz Mori, a la postre presidente de México. Durante el porfirato Doña Cata se benefició con la cercanía del dictador; tal cercanía genera distracciones en el estudio biográfico de su figura, pues por largo tiempo se ha escrito más sobre la “amistad” que sostuvo con Porfirio Díaz, y no así de su labor como promotora de la educación en Tehuantepec, Oaxaca, o de su papel en el desarrollo económico y cultural de la región del Istmo. Elena Poniatowska en ese sentido cuestiona: “¿Por qué minimizan los historiadores a una mujer que sabe mantener una empresa, dirigirla y triunfar? ¿Por qué a Juana Cata la reducen a ser una señora comidera que le hacía sus tlayudas a Porfirio Díaz? ¿Por qué a una mujer con capacidad de mando que ordena, administra, encauza, la disminuyen y hacen de ella una itsmeña caserita que hacía sonar en misa las cuentas de su rosario? ¿Por qué a una mujer que entabló relaciones de negocios en Estados Unidos, París, Turquía, Jerusalén, Roma y Barcelona, e incluso un par de ocasiones fue recibida por el Papa León XIII, solo la consideran la amiga de don Porfirio?” Doña Juana Catalina, además, fijó las reglas del vestido tradicional, el tocado y las joyas que deberían siempre usarse. La indumentaria, de influencia europea, fue una aportación de la benefactora de Tehuantepec a la cultura zapoteca, según comenta el cronista Daniel Chicati, quien recuerda que esta mujer, empresaria, comerciante y diplomática, traía de sus viajes anuales a Europa las muselinas, telas aterciopeladas e hilos de seda con que las mujeres empezaron a confeccionar sus vestidos. A ella se atribuye también la gran ornamentación en los peinados que llevan un elegante rodete a manera de trenza y un tocado con flores, canutillo e hilos dorados.

⁸ *Dante Alighieri, Inferno*, canto XXI, verso 139, de la *Comedia*.

Lino Monanegi estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV. Escribe ensayo, cuento y poesía. Ha obtenido becas de creación literaria y publicado en revistas y suplementos culturales.